

ABRAHAM PIMSTEIN LAMM

HERTA EBBING

---

ALLÍ ESTABA HERTA, erguida junto al muelle, inmóvil frente al crepúsculo, mirando hacia la lejanía. Por los azulencos ojos se adentraba sigilosa neblina, embargándole el ánimo.

Desde el mar, la imperceptible garúa salpicaba el rostro pecoso y adornaba el pelo pajizo con diminutas estrellas. Se diría una estatua o una sonámbula. No sentía transcurrir el tiempo. Su respiración era leve y el ritmo exangüe. A ratos el viento inflaba el suelto faldón de su chaqueta.

Se encontraba en aquel lugar como buscando en la perpetua agitación de las aguas un motivo sombrío de resignación. Disolvía en esa extendida profundidad su desnuda insignificancia. Era un día de lentos grises detenidos, donde un sol invisible que todavía latía, no pudo brillar a tiempo ni esparcir su fecundo calor. Envuelto por espesos nubarrones también habría de abatirse . . .

Estaba acumulando angustias informes que venían desde la infancia. En su yermo interior crecían con inusitada rapidez inquietantes hechos olvidados, misteriosos fragmentos de vida que emergían como preguntas sobre el sentido de su existencia.

Aparecía su padre, nítido, esplendente, robusto, metido en esa camisa de tela burda con franjas amarillas y azules, cuyo tacto había sido tan reconfortante. Mostraba los nervudos brazos con abundante y sedoso vello. La lanzaba hacia lo alto, recibéndola con estentórea risa o con sonidos guturales, aún más encendida la cara bonachona y deshecha la papada. Evocaba sus grandes bigotes todavía humedecidos por la espuma de la cerveza rubia. Lo veía pasarse el dorso de la inmensa mano por los labios de subido color granadino, que el tabaco fuerte de su inseparable pipa no había logrado desteñir. A su lado surgía la imagen de su tía materna, Guillermina von Hütte, muy pagada

de su apellido, alta, seca, angulosa, siempre vestida de negro, con la gorguera blanca impecablemente almidonada, como pájaro nocturno de turbadora estampa. Giraba en torno a algo desconocido, con los ojos fijos, presta a clavar el pico en la carne más delicada e indefensa. Usaba una falda ancha y larga que ocultaba sus piernas delgadas y lechosas. Tenía estrecha la cintura que ella estrechaba aún más; única vanidad que le había conocido. Hacía oscuras alusiones sobre la deshonra y el pecado que habían cometido "ciertas" personas. Entonces, su padre bajaba la cabeza, abrumado, meneando las manos, suplicándole que callara.

Ejercía un inexplicado dominio sobre su padre. Le reprochaba hasta las faltas más insignificantes, con el tono que pudiera usar una esposa. El no se sublevaba. Toleraba sus sermones sin decir palabra cuando alguna vez llegara canturreando, estimulado por un pequeño exceso de cerveza. Si en las comidas, alegre por la presencia de un antiguo amigo, se ponía a disertar enfáticamente sobre los progresos del socialismo u otro tema parecido, pronto las miradas y el silencio irritante de tía Guillermina acababan por imponérsele, decayendo su entusiasmo. Por ello, muchos amigos preferían conversar con él en la tonelería, después de la jornada.

De Carola, su madre, no sabía gran cosa, porque ni siquiera dejaron un retrato, como si nunca hubiera existido. Jamás quisieron hablarle de ella. A sus preguntas, el padre le decía:

—Deja eso, mi niña. Me apenaría contártelo. No me preguntes... Tal vez, cuando seas mayor y puedas entenderlo...

Entonces, visiblemente afectado, enmudecía por momentos, trataba de proseguir la lectura de su diario, pero terminaba por irse con cualquier pretexto. Tía Guillermina, con las gafas puestas que semejaban los ojos de un buho, dejando de lado el prolijo encaje que tejía a la luz amarilla de una lámpara de parafina, antes de que su padre abandonara la estancia, mirándola de reojo, solía añadir:

—“Pobre niña... ¡No pienses en eso!”; o “Pobre Urraca... Tú no has tenido madre” “¡Recuérdalo!” Y también, “Menos mal que eres fea y no podrás hacerlo, aunque se te ocurra...”

Urraca. Así la llamaba corrientemente su tía. Siempre tuvo curiosidad de saber por qué le había puesto tal nombre. No era parlanchina, ni tampoco negra como ese pajarraco. Podía ser una especie de resentimiento de vieja regañona

Su padre, aparte de mostrar mucha melancolía, no parecía odiar el recuerdo de Carola. ¡Quien la odiaba de seguro era Guillermina; la propia

hermana! Aquella debió cometer una gran falta, de esas que atañen al orgullo familiar, para que de ese modo hubieran lapidado su recuerdo. Seguramente, había sido hermosa. Ahora, al recordar los marcos ovalados de ennegrecida madera con los graves retratos de la tribu Von Hütte, con sus ropas oscuras y caras adustas de compuestos luteranos, le vino la imagen de Carola como un delicado pájaro blanco, desviando a izquierda y derecha su largo y gracioso cuello, batiendo desesperada sus finas alas, perseguida y picoteada por una ronda de envidiosos cuervos. Quizás un día, para libertarse de esa odiosa gente que la menospreciaba y que era incapaz de admirar la belleza de su albo plumaje, levantó el vuelo hacia las estrellas, dejando abandonada a la pequeña Herta. Al saberla fea, creyó que sería como ellos, pero nunca pudo presentir que debajo de la piel pecosa de su hija, también bullía un pájaro blanco, ansioso de alcanzar el vasto cielo.

Era fea, indudablemente fea, una muchacha insípida y desgarbada, que nadie tomaba en cuenta, ni siquiera los niños. Rehuían sus caricias, rechazaban su contacto, enredándose llorosos en las faldas maternas. Los hombres la ignoraban.

Tenía los ojos ligeramente salientes, la nariz corta y respingada, el pelo opaco y liso; sólo su boca era suave y podría lucir dientes hermosos si la gente le diera ocasión para reír. Una tenue sonrisa se deslizó entonces por su rostro empañado por una profunda tristeza; pero ese menguado orgullo no bastaba. La invadía una tibia ternura estéril que no salía de sí misma y cuyo manantial nacía de sus entrañas palpitantes insatisfechas.

Hacía mucho tiempo que nadie la había besado. Un recuerdo pródigo le iluminó el rostro: Fue poco después de la primera guerra mundial, cuando recién había llegado a Chile y aún no cumplía los veinticuatro años. Estaba sola, porque tía Guillermina había muerto el año anterior. Ocurrió en esa primera residencial del puerto. En ese tiempo, apenas se podía hacer entender en español. Ese mocoso, el hijo de la dueña, la había besado como un hombre, buscando su lengua, un día de baile, de improviso. Ella estaba triste, aplomada en un sillón, aislada de todos, llevando un ridículo vestido verde con vuelitos en los hombros. Las manos ardientes del muchacho, transidas de sudor, le rozaron los pechos sin hallarlos. Después se había ido furtivamente sin hablar, mientras ella se quedó llorando...

No podía olvidar ese beso de primerizo, germen de las fantasías secretas que la alimentaban desde muchos años, en múltiples variaciones. Flores de agudos e infinitos pétalos que crecían en su ser, acariciándola, pinchándola por dentro, los pies, los senos, las manos y la cabeza.

Empero, una simple mirada en el espejo bastaba para devolverla a la realidad, a la mentirosa realidad, porque su rostro con el pelo pajizo era una máscara, una máscara odiosa, falsa y fea; a través de sus ojos ligeramente salientes, aleteaba un delicado pájaro blanco, ensayando el vuelo, igual que Carola.

Suspiró. Su mirada resbaló por encima de los botes abandonados que el viento acunaba en la bahía.

Nunca entusiasmaría a nadie. De ello estaba convencida. Sin embargo, su vida era preciosa, aunque la gente la ignorara. Había surgido por una sola vez en la inmensidad del tiempo, duraría un instante y jamás volvería a repetirse. Podrían nacer innumerables mujeres parecidas a ella, casi idénticas, pero no serían ese ser único que estaba vibrando ahora y aquí. La mayor desventura era desvanecerse sin haberse vivido, como un pez volador, enamorado de la luz, que ningún pescador atraparía en sus redes; como frondosa selva virgen que nunca sería hendida por el hacha del robusto leñador ni hollada por su planta; un rayo de luna perdido en la cima nevada de una montaña inexpugnable...

Tampoco podría volver a los brazos reconfortantes del padre, a ovillarse como lo hiciera en la infancia. El había muerto en julio de 1915, en las trincheras de Laberinto, en Rodincourt. Le habían hecho olvidar su cándido pacifismo y pudo ganar una póstuma Cruz de Hierro por "su heroica conducta en el campo de batalla", como decía la carta que el Alto Comando enviara a tía Guillermina, junto con los papeles para el cobro de una pensión de guerra.

Herta repasó luego los dos años de penurias que había vivido junto a su tía, después de la muerte de su padre y sin que Guillermina hubiera podido consolarla de tan preciosa pérdida. Muerta a su vez, Guillermina se le aparecía en sueños, en medio de una calle oscura, con las manos vueltas, con sus ojos de buho, impidiéndole el paso, rechazándola siempre.

El tono quejumbroso de la sirena de un barco lejano torció el rumbo de sus reflexiones, y Herta se sintió situada en el centro de sus preocupaciones inmediatas.

Pronto se derrumbaría del todo su manera de vivir, si no lograba obtener una ocupación semejante a la que había desempeñado hasta hacía pocos meses. La habían despedido a causa de la crisis.

—Ud. sabe cuánto lo lamentamos, señorita Herta. Le consta cómo han disminuido las ventas y las utilidades. Estamos cubiertos de obligaciones y no

nos ha sido posible mantener su puesto. Le daremos, eso sí, la recomendación que se merece. Con sus conocimientos podrá arreglarse fácilmente.

No ignoraban que era casi imposible. Mejor dicho, ni siquiera se habían preocupado de lo que podría hacer en el futuro. Nunca había sido una persona para ellos, sino una pieza más o menos eficaz en la complicada estructura de sus negocios de importación. Procedían con lógica. Habían reajustado la máquina y podían prescindir de sus servicios.

Ya no viviría como antes. Sus sueldos le habían permitido engañar su soledad, residiendo en una casa de escogida apariencia, donde se comía bien y se rozaba con personas honorables y corteses, aunque en el fondo fuera gente hipócrita y egoísta. Con vestidos de calidad y a la moda, había disimulado la fealdad de su cuerpo y entibiado el frío que le embargaba el alma. Asimismo, formaban parte del mundo artificial que se había forjado, su concurrencia a los conciertos de abono, su habitual asistencia al teatro y a los cines, y, también, la lectura de los buenos autores que iban apareciendo en las librerías. Estos afanes culturales nunca le proporcionaban goces plenamente auténticos; no los amaba por sí mismos, sino en reemplazo de otras cosas inalcanzables.

Era irónica la vida. Para ganar el dinero equivalente a todos aquellos gustos, ahora debería renunciar a gran parte de ellos, hundiéndose en un caserío desierto, al lado de seres incultos y desaliñados, que todavía la despreciarían ostensiblemente. Unos compatriotas le habían ofrecido por carta la concesión de la pulpería de una mina de azufre en el interior de Iquique, hacia la cordillera. Aquello no podía aceptarlo. Sería descender de su nivel social, de esas apariencias que, no obstante serlo, le eran tan caras, porque evitaban que ella viviera afrontando la odiosa realidad.

Herta sacó la carta del bolsillo y la rompió en pequeños pedazos.

Preferible la muerte antes que alternar con rudos obreros y oscuros empleados en tareas inferiores que no quería realizar y a las cuales no estaba acostumbrada. Sólo un cargo de secretaria en Valparaíso o en Santiago podría constituir su salvación.

El viento formaba remolinos de polvo y diminutos trozos de la carta giraron breves instantes, hasta caer derrotados en una laguna de lodo. Sus pensamientos también giraron en el vacío del espacio sin límites, sin poder cogerse de ninguna cosa. Sintió una intensa piedad por sí misma.

Se preguntó qué quería salvar si ya al amor había renunciado desde muy joven. Ciertamente era que en el mundo existían muchas personas de aspecto simpático y atractivo, pero no deseaba su contacto, las había conocido. Eran

tan miserables como ella. Por un momento, sintió odio por la gente amable que la había defraudado sin remedio. Pasaron a su lado con la sonrisa en los labios, apartando la vista de sus miradas que clamaron auxilio desde el pantano en que se estaba hundiendo. Su pobre carne, ávida de ternura, no llamaba la atención. Cualquiera muchacha del arroyo, sin sensibilidad, podía superarla.

Una prostituta de corazón, parada en el portal del tiempo, sin encontrar nunca un cliente, ni siquiera un hombre apurado. Se asustó por el curso de sus pensamientos. ¿Acaso la prostitución era su destino? Se rió interiormente y dijo para sí:

—No tienes condiciones. Permanecerías virgen toda la vida...

¿Era ése verdaderamente su problema? ¿Hasta aquello tan impúdico había llegado? No y mil veces no —se respondió. Era algo indecible. Sólo deseaba trocar lo más precioso de ella, su latir humano percedero, por un instante colmado de una vida ajena, que la comprendiera con cariño, aunque después se alejara, como aquel muchachito de otrora que alimentaba sus sueños. Sin duda se estaba volviendo loca. Tal vez sería preferible morir...

Se estremeció entera. Se cogió las manos y las uñas penetraron en la carne.

Morir... morir... Ir del vacío al vacío, sin dejar recuerdos, sin dejar un hijo. ¡Eso era horrible!

Procuró pensar rápido, pensar palabras sueltas para evitar que la idea real de la muerte pudiera apoderarse de ella. Siempre la había temido. Estaba asociada al recuerdo de la inquietante soledad que había experimentado en la casa de su niñez en Schwarzwald, sobrecogida de angustia en su cuarto estrecho y donde tía Guillermina, en noches de interminable lluvia, bajo el resplandor amarillento y vacilante de una lámpara a parafina, acostumbraba a leerle una vieja biblia de tapas negras, con caracteres góticos.

Unas palabras ininteligibles que le sonaron a procaz piropo la sacaron de su ensimismamiento. Allá abajo, en la popa de un bote, el botero solitario la estaba observando con visible desenfado. Pretendió marcharse, pero la mirada viril la retuvo, a pesar de la irritación mezclada de vergüenza que sufría sin saber por qué. Era un hombre fuerte, moreno, que no dejaba de mirarla en forma turbadora. A propósito de ella, estaba sonriéndose. Su pecho al descubierto mostraba una maraña de pelos. Estaba destrenzando un cable. Los músculos de los brazos se hinchaban y desaparecían alternativamente, a compás del esfuerzo que desarrollaba con sostenida firmeza. También los brazos al desnudo movían una espesa y oscura pelambre.

En su mirada vivaz, había algo de irónico y provocativo, cierto desdén

sutil, pero era una mirada límpida, recta, que la estaba desnudando y gozando sin rodeos. Se sintió íntimamente halagada; nadie hasta entonces la había considerado como mujer, como sexo.

Sin embargo, era preciso humillarlo, doblegarlo de alguna manera, ponerlo en su lugar.

Y Herta se aproximó más al muelle. Ahora divisaba la boca roja bajo el negro bigote. Con acento nervioso, que quiso hacer altisonante, dijo:

—¡Lléveme mar afuera!

Sin darse cuenta, añadió más suave:

—Le pagaré bien...

—No se puede, mi señorita...

Y la siguió mirando con la misma desaprensión, siempre destrenzando su cable.

Sorprendida por la negativa, atinó a insistir:

—Le pagaré bien, si no hay otro que quiera llevarme.

—No hay otro. No puedo arriesgarme, ni siquiera por una gringuita como Ud. Pronto comenzará el baile —dijo señalando a lo lejos, más allá del molo. —Fíjese —añadió, levantando su rostro hacia un grupo de gaviotas—, vienen a Puerto, cuando Ud. quiere salir...

—Lo que pasa es que Ud. tiene miedo. Hace un rato era muy valiente para insultarme, porque me vio sola. ¡Cobarde, co...barde, eso es lo que Ud. es...!

—Señorita, no sé qué mosco la ha picado, pero no tiene derecho a tratarme así, porque no me conoce. En cuanto a eso de tener miedo, ni la Gobernación ni el mar pueden impedirme salir, si yo quiero.

—Ud. tiene muchas palabras —replicó Herta Ebbing con ironía, ya dispuesta a irse.

—No sea arisca, mi patroncita. Venga, la llevaré mar "adentro", como desea, aunque dejemos los huesos allá abajo.

Y Herta, obedeciendo a un oscuro impulso insospechado, como una autó-mata, bajó la escalera de cemento y subió al bote, ayudada por aquel hombre moreno que le tendía la mano.

Ahora se sentía cohibida y experimentaba una suerte de remordimiento por haberse embarcado. El botero remaba calladamente, sin cesar de observarla. Se respiraba un vaho tibio. Herta siguió la fija mirada puesta en ella y con timidez avergonzada se estiró la falda de la pollera, tapándose las rodillas.

Pudo admirar otra vez el juego de los relucientes bíceps, que se contraían y distendían armoniosamente con precisión mecánica al impulso de cada remada. Quiso establecer un puente entre él y ella, eligiendo una forma infantil de aproximación. Preguntó con voz regalona:

—¿Voy sentada en la popa, no es cierto?

—Sí, respondió con tono áspero el botero, y se quedó intencionalmente silencioso, dejándola entregada a un confuso sentimiento de torpeza. Herta comprendió que el hombre rechazaba esa manera de entrar en relación con él y experimentó una ráfaga de humillación.

El botero bogaba con destreza. El viejo molo se divisaba apenas. A la cuadra del bote pasó la goleta pesquera "Gaviota", de regreso al puerto. Su borda inclinada a ras del agua mostraba la espejeante pesca. Se deslizó velozmente, como si huyera. Algo le gritaron a su acompañante que no hizo caso y continuó remando. Pronto los palos y las hinchidas velas cangrejas desaparecieron en la lejanía de indecisa bruma. Una mano pareció apretar el corazón de Herta, resbalando luego como un pez. El horizonte se presentaba cerrado por una extensa franja de nubes cenicientas.

Una gaviota rezagada volaba en dirección a tierra. El mar estaba cambiando de color. Ondas azules y esmeraldinas, primero; ondas verdes y negras, después, se combaban más y más en amplias curvas y sus yataganes de espuma herían los flancos marinos. Soplaban un viento lento, incierto y ligeramente cálido.

Herta sentía cierto desasosiego que llevaba el mismo vaivén de las olas. Remataba en fugaces impresiones de una sorda sensualidad. Ella se entregó de lleno a este juego nuevo para sus sentidos y esperaba con avidez la repetición de los instantes placenteros. Los problemas que la habían preocupado en el muelle, ya no podían mantenerse en el claro de su conciencia. Se proyectaban vertiginosamente como una película loca. Sus imágenes borrosas perdieron los penosos contornos primitivos.

Se encontró aspirando con lentitud golosa el vapor tibio y salino que emanaba de las aguas revueltas. Evocaba reminiscencias del yodo. Se dijo que ese sabor áspero era más bien agradable. El botero continuaba remando, mar adentro, con el mismo ritmo, sin dejar de contemplarla con ojos risueños y maliciosos. A ratos un fulgor de llama brotaba de sus desdeñosos carbones. Herta, encarnada de súbito, desviaba la vista.

No se atrevía a mirar la pelambre que le asomaba en el pecho. El no demostraba sufrir los esfuerzos que hacía al remar contra la densa y agitada marejada. Relucía centelleante su transpiración. Semejaba un ser mitológico

que la robaba para inquietantes avatares de sueño y de muerte. Para escapar al asedio mágico con que la iba envolviendo su mirada fija, se sumió en sí misma.

Manos dulces la arrastraban a sumergirse en el frondoso piélago. Descendía con suavidad a los abismos. Perdía morosamente su vigilia. A través de ese portentoso descenso, su ser se desprendía de innumerables formas corporales que la habían comprimido durante varios siglos. Quedaron abandonadas como pálidas medusas. Herta era ya un pequeño germen depurado que renacería, siempre igual, siempre distinta, de las entrañas palpitantes del vasto vientre marino.

¡Oh! La pequeña semilla de oro, la espiga marina, mecida por las dulces aguas en el interior de una madreperla. El espíritu del Sol enamora las ondas, las acaricia, las penetra, impregnándolas de la sangre translúcida que viene del cielo. El embrión dorado se abre como trémulo helecho de nácar. Peces azules acuden a contemplarla. Flores marinas mueven rítmicamente sus corolas fantásticas, para resguardar su frágil vida. Se hacen suaves las miradas de los monstruos que la rodean tranquilos. Un silencio de plata se extiende por las noches en la penumbra de la selva líquida. Los tiburones merodean absortos mientras crece. Un hipocampo frenético transmite la visión de la niña que había sido un helecho. Todos se asoman a la rosada claridad de los abismos. Sobre la alfombra vegetal de pedrerías, los peces azules depositan nardos negros ante su blancura. Cantan y danzan los vecinos de puntiaguda boca. La niña, que era helecho de nácar, es ahora, mujer. Tiene largos cabellos y sus rubias guedejas recuerdan al Sol. Con una mano cubre el seno virginal y descende el diestro brazo con la rubia cascada de su pelo, para velar apenas el voluptuoso comienzo de sus piernas. Sobre la valva inmensa, con triste mirada pensativa, desde la sima de las aguas maternales asciende hacia el padre resplandeciente y hacia el tiempo de los hombres. La alada pareja de la brisa y el viento esparce las carmíneas rosas y la ninfa floral de comprimida trenza le tiende la opulenta capa coralina. Ha nacido entre la espuma, con deslumbrante blancura. ¡Oh!, Diosa del Placer. ¡Oh!, Madre admirable de la Gracia. ¡Atractiva y dulce Señora de la Poma, del Mirto y la Granada! ¡Herta-Anadiómena! ¡Herta-Afrodita!

El cielo celebra su apoteosis de gloria y un zigzagueante fuego emerge de pesada nube oscura. Unos instantes después atruenan las salvas de los dioses. Herta Ebbing se estremece y despierta. Mira despavorida a su compañero que es, sucesivamente, una figura vaga como una reminiscencia, un recuerdo de un ayer remoto que se precisa y una realidad viva que sonrío

extrañamente. Lo encuentra odioso por su aire burlesco, pero sabe que no es cierto. Se hace necesario dominar a ese hombre. Pregunta:

—¿Cómo se llama Ud., botero?

—Juan Jiménez Sosa, para servirla, patrona.

Sin embargo, su modo de mirar desvergonzado, desmiente la humildad de sus palabras. El hombre añade:

—¿Tiene miedo, mi señorita? ¿Quiere que regresemos, para que se le pase el susto?

El mar se torna grueso y amenazante, pero Herta no atina a responder. Ese hombre la desarma. Prefiere mantenerse callada, orgullosa, sin demostrar el doble miedo que se abre en su ser.

Se descarga una violenta lluvia. Se está empapando entera. El botero afirma los remos dentro de la lancha y saca de abajo de la bancada de proa una peluda chaqueta negra de mariner, entregándosela para que se abrigue.

—Ahora viene lo bueno —asegura. Y vuelve a los remos, tratando en vano de virar en dirección a la bahía. Golpes de mar lo arrastran cada vez más lejos. Por momentos parece conseguir su denodado intento, pero nuevas olas rompen contra la amura y tuercen su voluntad, una y otra vez.

Herta se agarra a la bancada hasta lacerarse los dedos. Comienza a tiritar y rechina los dientes. Quisiera gritar y muere su voz estrangulada. Cada nuevo rayo que alumbra la rara opacidad de la atmósfera, el alud de truenos que parece derrumbarse en los abismos, la aterrorizan hasta la médula. El torrente de lluvia devora sus silenciosas inadvertidas lágrimas.

El bote rústico, pero firme, resiste el brutal asedio de las olas que se agigantan. Jiménez ha cambiado su táctica para vencer el mar. En vez de oponérsele, procura soslayar sus temibles caprichos. Cambios repentinos en el manejo de los remos le permiten mantenerse sobre las cumbres líquidas.

Herta está desesperada, pero tiene una recóndita fe en su compañero. Es una pequeña lucecita que no se apaga, pese al fuerte y desarticulado vaivén del pesado oleaje. El vientre abierto del bote, desciende como un ataúd para sepultarlos en la concavidad profunda que forman las paredes del agua. Antes que ellas se desplomen, de través las elude con suavidad, remontándolas. La lucha contra la borrasca se repite indefinidamente, sin atisbos de término.

Ella piensa en la muerte y en el cansancio que debe experimentar ese héroe. Jiménez piensa en la vida, en el miedo infinito que posee esa mujer y en la forma de salvarla. Le grita que se mantenga firme, pero Herta no

le oye. Ella quiere entender lo que dice y avanza su cabeza para escuchar mejor. Un movimiento repentino de la lancha la hace perder el equilibrio, cae y se golpea la cara. Se aferra aturdida, con desconocida fiereza, a la bancada más próxima. Su boca sangra copiosamente.

Jiménez trata de verla a través de la lluvia. Se ha dado cuenta de su caída. Maniobra inseguro ante el temor de perderla. Un lampo descubre la exangüe cara de Herta con amapolas de sangre y el botero siente que se le humedece el corazón de ternura y piedad. Ese breve momento de aflojamiento bastó para que una inmensa ola golpeará sus espaldas doblándolo, le arrebatara un remo y quebrara el otro, dejando un muñón de pelo en la chumacera. Aquello parecía el final definitivo e irrevocable.

El hombre se arrastró entonces hacia la mujer. Cogió sus piernas, sus rodillas, alzó ciego un brazo para defenderla contra otra ola gigante. Herta, con poderoso ímpetu de salvación, lo abraza, junta su rostro al de él y siente de pronto que unos labios ansiosos la besan angustiosamente y absorben su sangre, mientras cae espesa la lluvia, y las ondas rebotan y se estrellan contra los ijares del miserable bote, que gira sin gobierno.

Ella también cree que es el final y apenas consciente, deja hacer en medio de la tempestad. Algo farfulla Jiménez, debe ser algo dulce y tierno. Su boca busca el oído. Unas manos desesperadas destrozan su falda y desgarran sus prendas más suaves. Otros besos ardientes, otras palabras ininteligibles y su cuerpo resbala y se curva en el centro del temporal.

Allí estaban solos, espantados y unidos, como la primera pareja humana frente a los elementos desencadenados e implacables. No había más lumbre que la producida por el amor de sus cuerpos. Para Herta era la revelación de su ser. Ya no existía la fealdad. Había llegado a la suprema desnudez y había conocido la desnudez de otra criatura humana, tan frágil como ella. Nada más que un hombre...